

A un mes de la Invasión de Irak (*)

Manuel Riesco ()** Abril 2003

El mundo gira, de eso no cabe duda, pero nadie imaginó que a poco de anunciarse el fin de la historia, la siguiente vuelta de ella nos presentaría un escenario de miedo, que se parece no poco al período más negro de la historia humana - los años treinta del siglo pasado - que culminaron en guerra y holocausto. Aún a riesgo de simplificar, puede ser sugerente repasar algunos de los aspectos en que el parecido entre ambos períodos parece evidente, especialmente aquellos que apuntan hacia un camino de paz y progreso, los que también están presentes.

Los locos 90

Los años treinta y los que ahora nos toca vivir fueron ambos precedidos por una década de gran optimismo, de triunfalismo desmedido. Aquel se inició con el término de la primera guerra, la ilusión del fin de las guerras y el rediseño del mapa de Europa por parte de un presidente americano. Luego vinieron los locos años veinte, el auge económico y la apertura comercial a ultranza, el gran boom de un entonces adolescente capitalismo americano, montado sobre la revolución del automóvil. El de ahora se inició con la caída del muro de Berlín, la profecía de Fukuyama y luego los aún más locos años noventa, nuevamente el auge económico y la globalización, encabezados por un redivivo capitalismo americano, operando pantallas de computadoras conectadas a Internet.

Cabe hacer mención que en ambos períodos se vivió asimismo un auge del pensamiento económico liberal más extremo, denominado ahora neo-liberalismo. Dicha concepción ideológica vivió, en los años veinte y nuevamente durante los noventa, sus momentos de mayor gloria, apoyada en ambos casos en que los éxitos aparentes de sus predicciones y recetas. La definición básica del pensamiento neo-liberal extremo no es mucho más compleja que la idea que el capital, operando con las menores restricciones posibles, en el óptimo sin barreras de ninguna especie, es capaz de generar un crecimiento económico, dinámico, equilibrado y sostenido. Y eso es precisamente lo que, al parecer, se verificaba a lo largo de las décadas de 1920 y 1990; sólo que pronto se vería que la realidad era mucho más complicada de lo que la visión neo-liberal suponía.

La gran crisis del milenio

Entonces y ahora, las bolsas de valores, encabezadas por Wall Street, subieron y subieron, pero como los árboles no pueden tocar el cielo, luego, aunque no muy pronto, se derrumbaron. Estas dos caídas en la bolsa son de magnitudes similares y sin punto de comparación, las mayores, entre las treinta o algo así, caídas bursátiles significativas que registran dos siglos de ciclos económicos capitalistas. Hasta el momento así lo muestran sus índices más representativos: el tecnológico Nasdaq ha caído casi 80% en los últimos tres años, más o menos lo que por entonces cayera el muy industrial, automotriz y petrolero Dow Jones.

¿Seguirá ahora a la caída de las bolsas una crisis económica de magnitud proporcional? Según los estudiosos del tema, así ha ocurrido en los treinta ciclos anteriores: cuando la bolsa subió poco y durante poco tiempo y luego cayó levemente, la economía se comportó parecido, también cuando la bolsa subieron más y por tiempo más prolongado; y así pasó también con el ciclo bursátil y económico de los años veinte, que fue el que subió durante el tiempo más prolongado, hasta alcanzar la mayor altura y luego el que más cayó; hasta el actual, que lo supera en duración y altura y hasta ahora se le acerca en caída. Las probabilidades apuntan, por lo tanto, a una crisis económica mundial muy significativa o, al menos, hacia un estancamiento de larga duración como el que registra la economía del Japón durante la última década; lo que viene a ser más o menos lo mismo, aunque no tan brutal. Las predicciones de los organismos especializados en la materia, recogidos en la más reciente carta económica del director de Cenda, Hugo Fazio, señalan que la economía mundial se haya estancada, y que la probabilidad de recesión mundial es elevada y creciente. Cabe mencionar que dichos organismos consideran recesivo un escenario en que la economía mundial crece menos del 2.5% en el año.

La demencia al poder

La crisis económica genera temor, y el miedo engendra las peores reacciones humanas, a nivel individual – eso lo sabemos todos por experiencia propia - pero asimismo en nuestra actuación social y política. En los años treinta el miedo y la inseguridad de los alemanes – uno de los pueblos más cultos del mundo - engendró el nazismo, la más nauseabunda y criminal excrescencia política de la historia humana. La crisis de ahora, aparentemente, nos está trayendo la demencia de los autodenominados neo-conservadores o “neo-cons” (de paso, “con” en francés significa algo parecido al popular vocablo chileno que rima).

El problema es que, en ambos casos, extremistas de derecha que en tiempos normales hubiesen pasado por simples fanáticos, desequilibrados o farsantes - lo cual probablemente son en realidad - accedieron al poder en los estados más fuertes del mundo. Así, su demencia se cubre con la solvencia de la política de estado.

El nuevo imperio de Wolfowitz

La nueva estrategia americana, propuesta por los neo-cons, busca asegurar el predominio imperial americano por un tiempo prolongado, basado en garantizar su supremacía militar absoluta y la disposición a ejercerla sin muchos miramientos.

En lo inmediato, según lo establece el documento “Estrategia de Seguridad Nacional” presentado por Bush al Congreso de los EE.UU. y atribuido en parte importante al prominente neo-con Paul Wolfowitz, subsecretario de defensa de ese país, tal doctrina se ha empezado a asentar como política de estado en la llamada “doctrina de guerras preventivas contra el terrorismo”, que justifica la actual invasión de Irak. En perspectiva, la estrategia neo-con se propone, ni más ni menos, impedir que ninguna otra potencia genere un poder militar que pueda rivalizar con el estadounidense.

Como todas las ideologías extremistas en mayor o menor medida, éstas constituyen en el fondo, delirios. Hoy en día, por ejemplo, y a posteriori, es difícil que alguien califique de otra manera la pretensión estratégica Nazi de lograr el dominio mundial

por parte de Alemania; cualquiera puede darse cuenta de que era esa una concepción de antemano destinada a fracasar.

Lo mismo ocurre con la pretensión neo-con de eternizar el dominio americano. Como ha dicho el propio ex presidente de los EE.UU., Bill Clinton, en un artículo reciente, la superioridad americana sólo se va a mantener mientras esté sustentada en su hegemonía económica y ésta sólo va a perdurar mientras, en el curso de algunas décadas, se desarrollen en plenitud los ascendentes gigantes del siglo XXI, China e India. La experiencia histórica muestra que fue asimismo su transitoria superioridad económica la que permitió en su momento a Inglaterra, por ejemplo, ejercer un dominio mundial incontrarrestable que, en términos relativos, difícilmente es superado en la actualidad por los propios EE.UU. — sería impensable, por ejemplo, que hoy EE.UU. se propusiera conquistar India o China, como sí lo hizo en su tiempo Inglaterra. Pero dicha hegemonía decayó una vez que se extendieron a países mucho más grandes, en primer lugar el propio EE.UU., las mismas relaciones sociales modernas que se desarrollaron antes en Inglaterra que otros lugares y le otorgaron dicha superioridad. El trabajo asalariado extendido y masivo, destinado a la producción de mercancías, que se venden en el mercado, constituye la base de la riqueza de las naciones. Durante algunas décadas, en el siglo XIX, Inglaterra mantuvo prácticamente el monopolio mundial de esta relación social, en un mundo sumido en el atraso de agrario tradicional. Sin embargo, a medida que los distintos países han ido lenta, dificultosa y turbulentamente, haciendo su tránsito histórico a la modernidad, esta relación social se ha ido extendiendo hasta abarcar hoy en día quizás a media humanidad; y el resto está haciendo dicho proceso a gran velocidad.

Hoy en día Gran Bretaña continúa siendo un país poderoso, con una economía que, siendo muchísimo más grande que la del siglo XIX y capaz de ofrecer a sus habitantes un bienestar significativamente mayor, se cuenta entre las mayores del mundo. Sin embargo, su rol como potencia mundial ha pasado a ser de segundo orden, más o menos proporcional a la importancia relativa de su economía en el nuevo concierto mundial. Lo más razonable es suponer, como lo hace Clinton en el artículo antes referido, que lo mismo se repetirá con los propios EE.UU., a medida que las relaciones sociales modernas se extiendan y profundicen hasta abarcar la mayoría de los habitantes de los países y regiones más pobladas del mundo, que son los arriba mencionados China e India, pero asimismo Africa y la propia América Latina.

De ahí, que parece lógico concordar con el ex presidente Clinton, cuando concluye, en su artículo, que el objetivo de los EE.UU. debe ser constituirse en un “buen líder”, mientras le corresponda ejercer dicho papel. Y no parece sino un delirio pretender, como los Nazis durante los años 30 del siglo pasado o los neo-cons en el 2000, que se puede asegurar en permanencia la superioridad imperial de un país principalmente en base a su fuerza militar.

La Blitzkrieg de Rumsfeld

La llamada Blitzkrieg de Rumsfeld en Irak aparentemente ha demostrado una vez más la incontrastable superioridad del poderío militar estadounidense actual, tal como lo hicieron antes la Guerra del Golfo, Kosovo y Afganistán. En esta ocasión el desafío era mayor, puesto que consistió en invadir un país de más de veinte millones de habitantes, que intentó enfrentarlos en la lucha urbana en grandes

ciudades, terreno en el donde el armamento estadounidense no presenta sus mayores ventajas.

Igualmente, y a pesar de dificultades y retrasos iniciales – derivadas de una inesperada y muchas veces heroica y desesperada resistencia de fuerzas iraquíes - que introdujeron algunos signos de duda en la ofensiva; la rápida caída de Bagdad y el resto del país terminó por validar, en este caso, tanto la abrumadora superioridad como la estrategia militar de los estadounidenses. Como se sabe, el secretario de defensa estadounidense Donald Rumsfeld impuso a los jefes militares, quienes preferían un enfoque más conservador, una estrategia basada en rápidos y decisivos golpes de una fuerza militar relativamente reducida, pero apoyada en armas de alta tecnología, principalmente de la fuerza aérea y sistemas de información.

Sin embargo, los éxitos referidos del aparato militar estadounidense no tienen todavía relación con los logros iniciales del poderío militar alemán durante la segunda guerra mundial. Es interesante recordar que entonces, precedidos por la fulminante caída de Polonia, las FF.AA. alemanas lograron conquistar Holanda, Bélgica – diezmando y expulsando de paso un ejército inglés en Dunkerke – y nada menos que Francia, aproximadamente en el mismo tiempo que los EE.UU. lograron dominar al muy debilitado Irak. Sin duda alguna el mundo asistió entonces a una demostración de superioridad militar mucho más abrumadora que ahora y manifestada frente a enemigos que, en el papel al menos, aparecían incluso más poderosos que el ejército y la fuerza aérea alemanes.

La historia a poco andar mostró, sin embargo, los límites de esa fuerza militar que pareció por un momento invencible, cuando Alemania invadió la Unión Soviética en 1941. Este último país era mucho más atrasado, tenía una extendida población campesina, una industria débil e incipiente y un régimen político que presentaba debilidades y atrocidades frente a las cuales las del régimen de Saddam Hussein parecen menores; existía asimismo una fuerte insatisfacción frente al régimen de Stalin, y en muchos lugares sectores de la población colaboraron entusiastamente con los invasores alemanes. Inicialmente la invasión progresó con rapidez nunca antes vista, hasta alcanzar en pocas semanas las afueras de Moscú. Allí, sin embargo, los soviéticos consiguieron lo que los defensores de Bagdad - a diferencia de los de Umm Kasr, Basora, Nasarya, Karbala, Najaf y otras ciudades iraquíes y por razones que será importante conocer luego – no fueron capaces de lograr: resistir la ofensiva alemana durante un tiempo prolongado, provocándole fuertes bajas y, sobre todo, tensando al máximo una sobre-extendida línea de abastecimiento logístico, la cual a su vez era permanentemente hostigada por guerrillas. Ofensivas alemanas sucesivas y de similares características durante el verano de 1942 en Stalingrado y Kursk en 1943 terminaron en desastres militares que cambiaron el curso de la guerra y culminaron en la derrota definitiva de las fuerzas militares alemanas.

Las graves y crecientes dificultades militares, derivadas de la prolongación de una situación de la naturaleza arriba descrita, se insinuaron asimismo durante la actual guerra en Irak, cuando la ofensiva estadounidense se vio frenada en Karbala por más de nueve días. Muchos expertos militares coinciden en que un estancamiento en la conquista de Bagdad durante un tiempo prolongado, hubiera puesto al ejército invasor en una posición complicada, mientras no le llegaran los abundantes refuerzos despachados a última hora; y creciera simultáneamente la resistencia contra la guerra en los propios EE.UU. y en el resto del mundo. Luego

de esta experiencia, por fugaz que haya sido, parece difícil que se logre imponer nuevamente una estrategia militar como la Blitzkrieg de Rumsfeld que, a pesar de su aparente y fulminante éxito demostró ser altamente riesgosa; especialmente si el objetivo son países como Siria, Irán o Corea, en los cuales el grado de resistencia sería enormemente mayor.

La política: la verdadera madre de todas las guerras

Sin embargo, más allá del hecho que cualquier ejército, por poderoso que sea, siempre encuentra límites propiamente militares, el límite más relevante y general de la fuerza militar consiste en que ella está siempre subordinada a la política.

La hegemonía, como se sabe, es fuerza y consenso; el centauro de Maquiavelo tiene cuerpo de bruto, pero torso, cerebro y razón de hombre. El mejor recordatorio de la vigencia de esta vieja verdad de la estrategia militar lo hemos tenido a raíz de los atentados del 11 de septiembre del 2001, contra las torres gemelas. Desde el punto de vista de la correlación de fuerzas estrictamente militar, los atentados significaron ni más ni menos. que las fuerzas que luchan contra la ocupación israelí de Palestina – puesto que es en el marco de esa guerra que dicho atentado claramente se enmarca - demostraron capacidad de bombardear nada menos que Nueva York y Washington, en el corazón del territorio del principal aliado de Israel. Sin embargo, es de toda evidencia que los atentados resultaron en una catastrófica pérdida de poder, por parte del bando que pretendían fortalecer; debido a que lo aislaron políticamente.

Si la fuerza militar ayuda a la política y usualmente así ocurre, entonces y sólo entonces, significa un apoyo cierto para la capacidad hegemónica del bando que la ejerce. Pero también puede ocurrir, como en el caso del atentado a las torres gemelas, que el ejercicio de la fuerza militar disminuya la capacidad política y en ese caso, el resultado de su aplicación puede resultar en una pérdida neta de poder.

De acuerdo a los criterios anteriores, ¿Qué puede decirse respecto del resultado de la estrategia neo-con de la administración Bush de atacar preventivamente a Irak? ¿Ayudó dicha tremenda y cruda demostración de fuerza militar por parte de los EE.UU. a incrementar su poder hegemónico? ¿Son los EE.UU. una potencia imperial más poderosa después de la guerra de Irak, que lo que eran antes de ella?

La respuesta no es unívoca, por cierto, como generalmente ocurre. Desde el punto de vista estricto de la fuerza militar EE.UU. sale evidentemente fortalecido de la guerra. Demostró su capacidad para intervenir, incluso unilateralmente y vencer, desplegó su fuerza militar y logró control sobre una región que le era antes hostil, aunque mantenerlo le puede resultar más difícil y costoso. Económicamente - otro término importante de la ecuación del poder - también EE.UU. ha salido fortalecido, al controlar ahora reservas estratégicas de petróleo que están entre las mayores del mundo.

Desde el punto de vista político interno, asimismo, la administración Bush logró avances importantes, puesto que logró aglutinar el apoyo de la mayoría las fuerzas políticas y de la población estadounidense en torno al gobierno, haciéndolos olvidar transitoriamente incluso la crisis económica y los escándalos financieros en los que aparece involucrada. Un fenómeno parecido se ha experimentado en las últimas semanas en Gran Bretaña, el más firme e importante aliado que logró Bush en esta guerra, donde la posición del primer ministro Blair, seriamente deteriorada antes

del inicio de la guerra a raíz de su apoyo a la misma, parece haberse recuperado en algo y la opinión pública de ese país, antes contraria a la guerra, parece haberse equilibrado entre aquellos que están a favor y en contra de la intervención en Irak. Ambos avances internos, sin embargo, pueden rápidamente volverse en su contra, en la medida que la ocupación de Irak se prolongue y resulte crecientemente complicada, costosa y incluso peligrosa, como resulta altamente probable.

La situación cambia asimismo cuando se incorpora al análisis el cuadro internacional de fuerzas, puesto que es en este terreno donde la correlación política de fuerzas ha variado significativamente en contra de los EE.UU., a raíz de la guerra de Irak, probablemente hasta el punto, que no parece aventurado afirmar que la hegemonía norteamericana bien puede haber retrocedido a raíz de la demostración de fuerzas que significa la guerra de Irak. Y ello principalmente debido que a raíz de la guerra de Irak se levantó en tiempo record lo que posiblemente sea el más formidable y amplio movimiento político universal de masas que registra la historia.

La reacción de la humanidad sensata

Las cancillerías de todo el mundo sacaban cuentas poco antes de la guerra, como están entrenados a hacerlo y usualmente en forma correcta, y concluían que la mayoría del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas iba a apoyar la intervención militar en Irak con la posible abstención de Siria y Alemania. Desde luego se daba por descontado el apoyo de todos los países pequeños, así como de Pakistán y se pensaba que Rusia y China iban a variar su posición una vez que recibieran las debidas compensaciones y seguridades de parte de los EE.UU. Y respecto de Francia, la más firme opositora a la guerra, se decía que probablemente a última hora, ante el riesgo de verse aislada, terminaría transando en alguna fórmula de apoyo a la posición estadounidense. Los participantes tempranos de la “coalición de los dispuestos”, encabezados por Blair y Aznar, sacaban cuentas alegres, pensando que luego del mal rato inicial, el oportunismo de su posición se vería confirmado por el apoyo a regañadientes del resto y ellos emergerían como líderes debidamente recompensados por ello.

Como se sabe, todos estos cálculos se equivocaron medio a medio. Como suele ocurrir con analistas acostumbrados a sacar cuentas en períodos de normalidad, pero que carecen de la experiencia requerida para apreciar los acontecimientos en circunstancias en que los acontecimientos empiezan a discurrir a otra velocidad, y siguen otras reglas, como ocurre en tiempos de crisis políticas.

Porque lo que entró en los cálculos ni de los expertos de las cancillerías ni de los políticos oportunistas, fue la fuerza del movimiento de oposición a la guerra que extendió en forma espontánea por todo el mundo con una velocidad, amplitud y masividad inconcebibles y sin precedentes. El 15 de febrero del 2003, quienes concurren a cualquiera de las gigantescas manifestaciones contra la guerra, que se desarrollaron en todas las grandes ciudades del mundo, pudieron experimentar el sentimiento único de estar participando en la más grande manifestación de la historia de la humanidad. A medida que despuntaba la mañana en los sucesivos meridianos, empezando por Auckland, Nueva Zelandia y culminando en San Francisco, California, 24 horas más tarde, multitudes inmensas se volcaban a las calles de las capitales, ciudades y pueblos del mundo a manifestar su repudio a la guerra de Bush. Cuando en Greenwich el reloj marcaba las dos de la tarde, el centro de Londres se hallaba inundado por una enorme y compacta masa de más

de un millón personas, quiénes permanecían inmóviles allí desde las diez de la mañana, sin poder avanzar, a medida que las diferentes columnas intentaban ingresar al Hyde Park. A esa hora, las radios informaban a los manifestantes que también más de un millón de personas marchaban en Barcelona, en Madrid y en Roma, y cientos de miles repletaban las calles en las demás capitales de Europa, en Nueva York y muchos de otros lugares. Hacia las cinco de la tarde el Hyde Park de Londres recién terminaba de repletarse de gente, y a las once de la noche, el centro de esa ciudad, que había permanecido cerrado durante todo el día, estaba todavía lleno de manifestantes, los que no se distinguían, en el número ni en el tipo de personas, de las que circulan por esa ciudad al mediodía de un día normal de trabajo.

Las encuestas de opinión pública recogían sentimientos abrumadoramente contrarios a la guerra en casi todos los países del mundo, con las únicas excepciones del propio Estados Unidos, cuya opinión pública se hallaba fuertemente dividida, e Israel, único país del mundo donde existía una clara mayoría de apoyo a la intervención en Irak. Cada evento público se transformaba en una manifestación contra la guerra, en particular los eventos culturales y aún los deportivos. Miles de ojos en todos los lugares estaban dispuestos a develar todas las estratagemas de guerra psicológica que intentaron los servicios de seguridad de los “aliados” y cada día se denunciaba una nueva maniobra. La prensa y la televisión mundiales en general informaban en forma imparcial, y más bien mostraba simpatías con el movimiento anti-guerra. En los propios EE.UU., donde varios de los principales medios se pronunciaron abiertamente a favor de la guerra, y donde los medios controlados por el magnate Rupert Murdoch y las cadenas de radioemisoras y televisión controladas por las sectas religiosas de ultraderecha promovieron una histérica campaña a favor de la misma; sin embargo, el New York Times, el periódico más importante, mantuvo una línea consistente y explícita de oposición a la misma.

Los efectos políticos del movimiento anti-guerra no se hicieron esperar. En todos los foros que reúnen a los países del mundo, surgieron pronunciamientos en contra de la guerra, apoyados casi unánimemente por todos los participantes. El parlamento Europeo se pronunció en forma abrumadoramente mayoritaria contra la guerra y; a Iglesia Católica se manifestó asimismo claramente en contra de ésta. Hasta el Foro Económico de Davos, que reúne a los partidarios de la globalización, fue inaugurado por un notable discurso centrado en la oposición a la guerra, pronunciado por el primer ministro de Malasia. Algunos países, como Italia, cuyos gobiernos se habían pronunciado inicialmente en una postura cercana a la de los EE.UU. empezaron a tomar cierta distancia, y en España los políticos y voceros del Partido Popular no podían salir a la calle debido al repudio popular, a veces violento. En el propio partido de Blair, un número muy significativo de parlamentarios se rebeló contra la posición del gobierno, en un hecho sin precedentes en la historia de GB.

Los gobiernos que se oponían a la invasión, encabezados por Francia, Alemania y Rusia, miembros del Consejo de Seguridad, se afirmaron en esta posición, recibiendo el apoyo de China, Siria y Paquistán. EE.UU., secundado por GB y España, presionó de manera grosera a los miembros “chicos” del CS, pero no obtuvo la adhesión de ni uno sólo de ellos. Chile mantuvo, junto a México, una posición digna. La posición de la mayoría del CS fue permanentemente reafirmada por la imparcial y notablemente independiente actuación de los inspectores jefes de UN para el desarme de Irak, Hans Blix y Mohamed Elbaradei, Así, EE.UU. y GB, en

reconocimiento de su derrota diplomática, se vieron obligados a retirar la segunda resolución que habían presentado, para obtener el apoyo del CS a la invasión. De esta manera, el movimiento anti-guerra, si bien no logró evitar la invasión de Irak, logró en cambio la muy importante victoria diplomática de que la misma se hiciera al margen y sin el respaldo de la mayoría del CS, es decir, al margen de la legalidad internacional, como expresó el Secretario General de las NN.UU.. El movimiento contra la guerra continuará desarrollándose con toda probabilidad, y lo más probable es que el aislamiento político de los EE.UU. se acentúe si persiste en esa política. El reciente cambio de posición del gobierno Argentino, que ha anunciado su decisión de abstenerse respecto del voto contra Cuba en la Comisión de DD.HH. de la ONU y ha sido justificado por el Presidente Duhalde en razón a su oposición a la guerra en Irak; es una pequeña muestra de lo anterior. Esta tendencia al aislamiento político de los EE.UU. debería acentuarse, como se ha dicho, si la ocupación de Irak se complica y mucho más aún, si los halcones logran, como pretenden, imponer al gobierno de los EE.UU. el continuar ahora su política de agresión, pretendiendo invadir pronto a Siria o Irán.

Lo que se viene

De esta manera, en forma parecida a los años treinta del siglo pasado, se puede apreciar en la actualidad el desarrollo paralelo de dos campos de fuerzas contrapuestas en un marco de crisis económica de fondo. Por una parte aquella que, encabezada por Bush y los neo-cons, que pareciera pretender enfrentar esta situación exacerbando, incluso hasta el extremo de la agresión militar y la guerra, el mismo tipo de políticas que probablemente cargan con la principal responsabilidad en cuanto a arrastrar al mundo en la situación de crisis de que se encuentra. Por otra parte, sin embargo, y se aprecia el surgimiento de una reacción de la humanidad sensata, que busca impedir que el mundo caiga nuevamente en el frenesí de guerra y holocausto; y se propone enfrentar la crisis con políticas más complejas y concretas, que tomen en consideración todos los aspectos del fenómeno y cautelen de manera amplia los intereses de las mayorías. El movimiento contra la guerra en Irak ha sido la expresión más masiva y general de este movimiento, sin embargo, manifestaciones del mismo se pueden apreciar en muchos ámbitos. Algo similar ocurrió durante los años treinta y en definitiva fue la humanidad sensata la que logró imponerse a la demencia de los atemorizados, aunque no antes que estos últimos ocasionaran al mundo un daño espantoso.

Nuevas alianzas democráticas

En el curso de los años treinta, el movimiento que tomó la forma del antifascismo se expresó, en primer lugar, en amplias alianzas políticas democráticas, las que fueron capaces de llegar al gobierno en varios de los principales países del mundo. En los EE.UU., fue elegido presidente, en 1932, el candidato demócrata Franklin D. Roosevelt, quien emprendió un amplio programa de reformas que bautizó como "New Deal" o nuevo trato. Significativamente, la frase destacada de Roosevelt al asumir su primer mandato como Presidente fue "lo único que debemos temer es al miedo mismo".

Una política de esta naturaleza fue adoptada por el propio movimiento comunista internacional, que durante los años veinte había caído en una política sectaria, que consideraba como sus principales enemigos a los militantes disidentes dentro de sus propias filas y luego a los partidos socialistas. Dicha política cambió radicalmente, sin embargo, luego del VII congreso de la internacional comunista,

celebrado en 1937, el que nominó a Jorge Dimitrov como su presidente y adoptó la política de los frentes populares antifascistas. En Chile, en el curso de 1936 se recompuso la unidad de comunistas y socialistas, quienes formaron el bloque de izquierda, junto con la Federación Obrera de Chile. En 1937 junto a los radicales, formaron el Frente Popular y en 1938 conquistaron el gobierno, eligiendo Presidente a Pedro Aguirre Cerda. Gobiernos de Frentes Populares se instalaron asimismo en Francia y en España, en los mismos años, y gobiernos de inspiración similar se instalaron en muchos países del mundo. Hoy en día se aprecia en el mundo el surgimiento de una tendencia política democrática parecida.

El movimiento anti-globalización ha significado y está significando un gran aporte, a escala y significación mundial, a la construcción de una alternativa democrática amplia. En Francia se forjó, en pocos días durante el 2002, un frente de gran amplitud, en que participaron prácticamente todas las fuerzas políticas democráticas, ante la amenaza del repunte neo-nazi encabezado por el candidato de ultraderecha Jean Marie Le Pen, y eligió presidente al neo-gaullista Jacques Chirac con una mayoría abrumadora. En España se ha forjado en la calle, al calor del movimiento anti-guerra, una coalición democrática de extraordinaria amplitud, en el cual a todos los movimientos que concurren a la anti-globalización se han sumado absolutamente todos los partidos políticos excepto el PP y todas las centrales sindicales. Con toda probabilidad dicho movimiento va a cristalizar en una alternativa política que va a desbancar al partido de Aznar primero de los gobiernos locales y más tarde del gobierno central. En nuestro continente, Brasil presenta la mayor expresión de la reacción política sensata a la crisis, con la reciente elección del Presidente Lula da Silva. Como se recordará, en el curso de la primera vuelta electoral, Lula obtuvo casi la mitad de la votación, seguido con un 25% por el candidato José Serra, que representaba la tendencia más de izquierda dentro del gobierno saliente del Presidente Fernando H. Cardoso, donde Serra era Ministro de Salud. Los otros dos candidatos que obtuvieron la mayor parte de los votos restantes, renunciaron rápidamente y apoyaron a Lula en la segunda vuelta. Es decir, en el principal y más poderoso país de LA, la derecha prácticamente desapareció en las últimas elecciones presidenciales. En Argentina, aún cuando no ha cristalizado un frente político democrático amplio, la mayor parte de los candidatos a la próxima elección presidencial sostienen, de una u otra manera, posiciones que apuntan en esa dirección.

¿Que pasará en Chile? ¿Será posible conformar una expresión política amplia que recoja esta tendencia mundial hacia enfrentar la crisis de manera sensata? ¿Será posible, en esa perspectiva, derrotar en la izquierda, simultáneamente, por una parte el sectarismo estrecho, fratricida y torpe que ha predominado por más de una década en la llamada izquierda extraparlamentaria y, por otra parte, la tendencia al acomodo, el oportunismo lindante a veces en la corrupción, que se ha enseñoreado en la izquierda de la Concertación? ¿Será posible que en la Democracia Cristiana se impongan las corrientes más progresistas, como ocurrió cuando fue confirmado Allende en el parlamento y cuando fue elegido presidente Ricardo Lagos? ¿Surgirá una fracción de la derecha que escape a la tentación de alcanzar el gobierno seguir tras los faldones de la UDI? ¿Será posible ir conformando una alianza amplia desde ahora, de modo de influir para que en el gobierno del Presidente Lagos y en sus propias decisiones empiecen a prevalecer las tendencias de un amplio progresismo, en lugar de la tentación del cogobierno con la derecha? ¿Será posible conformarla a tiempo de impedir el mal trago que se avecina, de un retorno al gobierno de los hijos de Pinochet?

Un nuevo pensamiento económico

Roosevelt, en los años treinta, logró reactivar la economía y fortalecer la democracia en los EE.UU. atendiendo al mismo tiempo las urgentes necesidades de la mayoría de la población, abrumada por la crisis económica. Adoptó a poco de asumir, en 1932, una serie de medidas destinadas a otorgar protección social a la población, instaurando en primer lugar un amplio sistema de subsidio de cesantía, así como beneficios de salud, educación y jubilaciones; al mismo tiempo que tomaba medidas para aliviar la situación de miles de empresas al borde de la crisis y el embargo por deudas y; tomaba por otro lado, medidas de regulación contra los grandes bancos y barones monopólicos, a quienes, entre otras cosas, obligó a pagar impuestos, junto con incrementar fuertemente, por otra parte, el gasto fiscal. Sus políticas generaron fuertes reacciones y se levantó una fuerte oposición a su primer gobierno, por parte de los grandes intereses afectados. En lugar de retroceder, sin embargo, el Roosevelt profundizó sus medidas re-distributivas y de protección social, al mismo tiempo que hacía más estrictas las regulaciones, con el resultado que arrasó en las elecciones de 1936. En efecto, sus medidas desataron un círculo virtuoso, en el cual el mayor gasto fiscal, principalmente en protección social aunque también en obras públicas, y la mayor regulación y políticas desarrollistas, reactivaron el mercado interno, hicieron crecer el gasto agregado y como resultado reactivaron la economía y mejoraron la situación del empleo y de las empresas. La política económica de Roosevelt obedeció a una nueva manera de pensar en economía, que en la academia fue representada principalmente por John Maynard Keynes. Esta escuela hizo una profunda crítica de la unilateralidad del pensamiento liberal extremo, válido según Keynes sólo para un caso particular, que no se daba en modo alguno durante la crisis cuando, por el contrario, dichas teorías resultaban “inconducentes y desastrosas”, en sus palabras. El pensamiento económico se desarrolló extraordinariamente en el curso de los años treinta, dando origen, por ejemplo, en AL y en Chile, a la política de sustitución de importaciones y luego al desarrollismo impulsado por CEPAL en los años 50 y 60. Tales políticas, antes de su agotamiento en la década de 1970, dieron origen a la llamada “época de oro” del desarrollo capitalista. En dicho período se generaron asimismo los modernos estados de bienestar.

Hoy en día se aprecia en el terreno de la economía un regreso a las concepciones críticas del neo-liberalismo, inspiradas en el pensamiento de Keynes y los desarrollistas. En nuestro país dicho proceso está todavía en ciernes, pero se desarrollará ampliamente en los años que vienen, con toda probabilidad. Hoy se ha invertido aquello que permitió el éxito y expansión del neo-liberalismo y su triunfo sobre el viejo keynesianismo y desarrollismo, es decir, el éxito de las predicciones y recetas del primero y el estancamiento e ineficacia resultante del último. A partir de 1997, con el inicio de la crisis mundial, son ahora las recetas y predicciones del neo-liberalismo las que vienen fracasando una tras otra, y se muestran impotentes para sacar a los países de la crisis y el estancamiento.

Nuevas alianzas internacionales

Durante los años treinta, el movimiento anti-fascista generó la más amplia coalición de países en contra del fascismo alemán e italiano y el militarismo japonés. Como se sabe, dicha coalición sólo se logró formar luego de iniciada la guerra y luego de ser derrotados los “apaciguadores” que, en su momento, pretendieron, al igual que hoy día Blair, calmar las ambiciones y apetitos de los nazis conciliando con ellos y sin confrontarlos decididamente. La coalición antifascista, donde los papeles

principales correspondieron a la Unión Soviética, los EE.UU. y GB, no sólo aisló políticamente al fascismo en el concierto internacional, sino logró derrotarlo militarmente y enfrentar la reconstrucción de Europa y Japón, luego del término de la guerra. Nuestro país, encabezado por los gobiernos del Frente Popular, mantuvieron una digna postura, que culminó con la declaración de guerra al eje.

Hoy en día se aprecia como el alineamiento internacional de la guerra fría se ha modificado radicalmente. El fenómeno más interesante consiste en el surgimiento y consolidación de la alianza Franco-Alemana que postula una Europa independiente de los EE.UU. , que a su fortaleza económica una política exterior común y una fuerza militar autónoma. Es probable que dicho proceso, que se hizo evidente en el período previo a la guerra de Irak, se desarrolle, no siendo extraño que, por ejemplo, se establezca un núcleo central en la UE, en torno al eje Franco-Alemán, que avance más rápido en la integración política y militar; y que se postergue hasta que el proceso anterior se consolide, el ingreso pleano a la comunidad de los países ex - socialistas del Este de Europa, que han demostrado ser más proclives a los EE.UU.. Aparece como muy interesante asimismo la forma en que Rusia y China se alinearon con la posición europea y contra la de los EE.UU., arrastrando tras de sí a casi todos los países del mundo; en el curso del actual conflicto. Detrás del proceso anterior se aprecia claramente en perspectiva, además, la emergencia de las nuevas potencias mundiales económicas mundiales, la propia UE, China, la India y Rusia.

En AL, el fenómeno más relevante desde el punto de vista internacional es el surgimiento y consolidación de Brasil como potencia regional emergente, con una política independiente de los EE.UU. y que busca abrirse paso en alianza con los países de AL, en primer lugar los del cono sur, y contando en ello con el respaldo de la UE. Además, Brasil enfrenta esos desafíos encabezado por gobiernos democráticos y progresistas. Dicho fenómeno ofrece a Chile una alternativa estratégica clara para insertarse en el mundo que viene ejerciendo una soberanía compartida, si es que opta por construir con sus iguales y con Brasil un espacio económico y político que pueda aspirar a tener algún nivel de soberanía en los decenios que vienen. ¿Se logrará consolidar en Argentina un gobierno democrático que profundice el camino de integración regional? ¿Será posible consolidar el acercamiento de Chile al Mercosur, alcanzando pronto su plena integración a dicho pacto? Estos constituyen, al parecer, algunos de los grandes temas que resultan de los últimos acontecimientos. No se pueden responder estas preguntas por ahora. Son muchas las fuerzas en conflicto, muy complejos los fenómenos en curso, muy rápido su desarrollo.

Lo que está claro, sin embargo, es la dirección tras la cual parece posible unir a grandes masas de ciudadanos responsables para intentar que logren lo que lograron nuestros padres y abuelos, por allá por los años treinta y cuarenta del siglo pasado: derrotar la demencia agresiva, reactivar la economía y salir de la crisis estableciendo un pacto social más justo y democrático y asegurando al mundo medio siglo de paz y prosperidad.

[Manuel Riesco mriesco@cep.cl](mailto:mriesco@cep.cl)

(*) Presentado en seminario CENDA (<http://cenda.cep.cl>), Abril 2003



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2006 